

RECOGIENDO LA COSECHA

¿Está usted proclamando el último mensaje divino de la cosecha?

Dios quiere “que todos los hombres sean salvos y vengan al conocimiento de la verdad.” 1 Timoteo 2:4. Pero la salvación siempre ha estado condicionada a la disposición del hombre de obedecer a Dios. Al hablar de los israelitas a través del profeta Isaías, Dios dice: “Si queréis y obedecéis, comeréis el bien de la tierra; si rehusáis y sois rebeldes, seréis consumidos a espada; porque la boca de Jehová lo ha dicho.” Isaías 1:19–20. Dios, por medio de la historia bíblica, ha hecho todo lo que está en su poder para traer al hombre a una relación salvadora con él. El argumento divino ha sido: “¿Qué más se podía haber hecho a mi viña, que yo no lo haya hecho en ella? Isaías 5:4. El plan de redención contempla nuestro completo rescate del poder de Satanás. Cristo separa siempre del pecado al alma contrita. Vino para destruir las obras del diablo, y ha hecho provisión para que el Espíritu Santo sea impartido a toda alma arrepentida, para guardarla de pecar.” *El Deseado de Todas las Gentes*, pág. 277.

Como los antediluvianos se alejaban cada vez más del plan de Dios para sus vidas, él buscó despertarlos mediante Noé para que se dieran cuenta de la dirección en que estaban dirigiéndose. “Y vio Jehová que la maldad de los hombres era mucha en la tierra, y que todo designio de los pensamientos del corazón de ellos era de continuo el mal.” Génesis 6:5. “Dios otorgó ricos y variados dones a estos antediluvianos: pero los usaron para glorificarse a sí mismos, y los trocaron en maldición poniendo sus afectos en ellos más bien que en Aquel que se los había dado. Emplearon el oro y la plata, las piedras preciosas y las maderas selectas, en la construcción de mansiones para sí y trataron de superarse unos a otros en el embellecimiento de sus moradas con las más hábiles obras del ingenio humano. Sólo procuraban satisfacer los deseos de sus orgullosos corazones, y se aturdían en escenas de placer y perversidad. No deseando conservar a Dios en su memoria, no tardaron en negar su existencia. Adoraban a la naturaleza en lugar de rendir culto al Dios de la naturaleza. Glorificaban al ingenio humano, adoraban las obras de sus propias manos, y enseñaban a sus hijos a postrarse ante imágenes esculpidas.” *Patriarcas y Profetas*, pág. 79.

“Noé, varón justo, era perfecto en su conducta; con Dios caminó Noé.” Génesis 6:9. Por consiguiente, Dios escogió a Noé para llevar un mensaje al mundo impío de esa época. Noé había de construir un arca, y mientras la estaba construyendo, había de proclamar la destrucción del mundo mediante un diluvio. Había de predicar este mensaje por “ciento veinte años” (Génesis 6:3), el primer período profético en la Biblia. “En medio de la corrupción reinante, Matusalén, Noé y muchos más, trabajaron para conservar el conocimiento del verdadero Dios y para detener la ola del mal. Ciento veinte años antes del diluvio, el Señor, mediante un santo ángel, comunicó a Noé su propósito, y le ordenó que construyese un arca. Mientras la construía, había de predicar que Dios iba a traer sobre la tierra un diluvio para destruir a los impíos. Los que creyesen en el mensaje, y se preparasen para ese acontecimiento mediante el arrepentimiento y la reforma, obtendrían perdón y serían salvos.” Por consiguiente, Noé no debía solamente proclamar el mensaje de Dios de destrucción, sino que al mismo tiempo debía buscar recoger a bordo del arca a los que buscarían a Dios para obtener salvación. Por esa razón, Dios estableció un principio muy temprano en la Biblia, el cual se encuentra a lo largo de las Escrituras. Siempre que hay un período profético relacionado directamente con su pueblo, él tiene un profeta que proclama el comienzo de ese período de tiempo, y al final, tiene un profeta que reúne al pueblo de Dios para cumplir su propósito. Noé fue, tanto el profeta para la proclamación, como el profeta para la cosecha en este primero y comparativamente corto tiempo profético. Él amonestó a la gente con respecto al diluvio, pero también trató de recogerlos a bordo del arca para que pudieran salvarse de la destrucción que vendría.

En este primer período profético comparativamente corto, Noé fue tanto el profeta de la proclamación, como el de la cosecha. Él amonestó a la gente

con respecto al diluvio, pero también busco recogerlos a bordo del arca, para que pudieran salvarse de la destrucción que vendría. “Así lo hizo Noé; hizo conforme a todo lo que Dios le mandó.” Génesis 6:22. El segundo período profético relacionado con el pueblo de Dios acontece en Génesis, capítulo 15. El Señor “le habló a Abram en una visión,” mostrándole que tendría una descendencia más numerosa de la que podría contar. Dios entonces le informa a Abram (el profeta de la proclamación), véase Génesis 15:13) que su pueblo moraría en tierra ajena por un período de cuatrocientos años, pero que después “saldrían con gran riqueza.” Y Abram, cuyo nombre fue cambiado por Dios a Abraham, “creyó a Jehová, y le fue contado por justicia.” Génesis 15:1, 13–14, 6.

Mientras este extraordinario tiempo profético se acerca a su punto culminante, Dios prepara el profeta que usará para la reunión. “Recuerden que Moisés se fue al desierto y permaneció allí por cuarenta años, y durante ese tiempo descartó el yo, e hizo lugar para que la presencia de Dios pudiera estar con él.” *The Ellen G. White 1888 Materials*, pág. 83. “Enclaustrado dentro de los baluartes que formaban las montañas, Moisés estaba solo con Dios. Los magníficos templos de Egipto ya no le impresionaban con su falsedad y superstición. En la solemne grandeza de las colinas sempiternas percibía la majestad del Altísimo, y por contraste, comprendía cuán impotentes e insignificantes eran los dioses de Egipto. Por doquiera veía escrito el nombre del Creador.

Moisés parecía encontrarse ante su presencia, eclipsado por su poder. Allí fueron barridos su orgullo y su confianza propia. En la austera sencillez de su vida del desierto, desaparecieron los resultados de la comodidad y el lujo de Egipto. Moisés llegó a ser paciente, reverente y humilde, ‘muy manso, más que todos los hombres que había sobre la tierra.’ (Números 12:3), y sin embargo, era fuerte en su fe en el poderoso Dios de Jacob.” *Patriarcas y Profetas*, pág. 255. Mientras Moisés apacentaba los rebaños de su suegro Jetro, el ángel del Señor se le reveló desde una zarza ardiendo. Se le pidió que reuniera a “los hijos de Israel y los sacara de Egipto.” Bien he visto la aflicción de mi pueblo que está en Egipto, y he oído el clamor que le arrancan sus opresores; pues he conocido sus angustias, y he descendido para librarlos de mano de los egipcios, y sacarlos de aquella tierra a una tierra buena y ancha, a tierra que fluye leche y miel... Ven, por tanto, ahora, y te enviaré a Faraón, para que saques de Egipto a mi pueblo, los hijos de Israel.” Éxodo 3:1, 7–8, 10. “Y pasados los cuatrocientos treinta años, en el mismo día todos los ejércitos de Jehová salieron de la tierra de Egipto.” Éxodo 12:41.

Nuevamente puede verse el principio bíblico: Abraham el profeta de la proclamación, aparece al principio del período profético, mientras que Moisés, el profeta del recogimiento, aparece al final. Desde el comienzo de la existencia de Israel como nación, el pueblo fue esparcido a menudo como consecuencia de su desobediencia a Dios. Observe la poderosa amonestación que se les dio a los israelitas después de su partida de Egipto. “Pero acontecerá, si no oyes la voz de Jehová tu Dios, para procurar cumplir todos sus mandamientos y sus estatutos que yo te intimo hoy, que vendrán sobre ti todas estas maldiciones, y te alcanzarán. . . . Y Jehová te esparcirá por todos los pueblos, desde un extremo de la tierra hasta el otro extremo.” Deuteronomio 28:15, 64. Pero cuando los israelitas se arrepentían y volvían al Señor en obediencia de corazón a todo lo que él les mandaba, él los recogía de nuevo como su pueblo. Véase Deuteronomio 30:1–3.

En el libro de Jeremías, el profeta anunció a los israelitas que tendrían un cautiverio de setenta años en Babilonia. Véase Jeremías 29:10. Este es el tercer período de tiempo que afectaba al pueblo de Dios. “Cuando los corazones de los hombres estén enternecidos y subyugados por la influencia constreñidora del Espíritu Santo, escucharán los consejos; pero cuando se desvían de la amonestación al punto de endurecer su corazón, el Señor permite que los conduzcan otras influencias. Al rehusar la verdad, aceptan la mentira, que resulta en una trampa para destruirlos. Dios había suplicado a los de Judá que no le provocasen a ira, pero no le habían escuchado. Finalmente pronunció la sentencia contra ellos. Iban a ser llevados cautivos a Babilonia.” *Profetas y Reyes*, pág. 313. Pero hubo también promesas de liberación, “como la música más dulce, estas promesas de liberación caían en oídos de aquellos que eran firmes en su adoración de Jehová-”, pág. 315.

Aparentemente, Daniel, quien era un ferviente estudiante de la Biblia, se refiere a este período de tiempo en Daniel capítulo 9, mientras busca mediante la oración y la súplica que su pueblo sea liberado del cautiverio, de acuerdo a la profecía de este período profético. “Dios usó la manera en que Daniel fue librado del foso de los leones para crear una impresión favorable en el espíritu de Ciro el Grande. Las magníficas cualidades del varón de Dios como estadista previsor indujeron al gobernante persa a manifestarle gran respeto y a honrar su juicio. Y ahora, precisamente en el tiempo en que Dios había dicho que haría reedificar su templo de Jerusalén, movió a Ciro como agente suyo para que discerniera las profecías concernientes a él mismo, bien conocidas por Daniel, y le indujo a conceder su libertad al pueblo judío.” *Profetas y Reyes*, pág. 408.

En los libros de Esdras y Nehemías vemos el comienzo del recogimiento del pueblo de Dios. “En el primer año de Ciro, rey de Persia, para que se cumpliera la palabra de Jehová por boca de Jeremías, movió Jehová el espíritu de Ciro, rey de Persia, el cual hizo pregonar de palabra y también por escrito por todo su reino, diciendo: . . . Quien de entre vosotros pertenezca a su pueblo, sea Dios con él, y suba a Jerusalén.” Esdras 1:1, 3. Y nótese que en Nehemías 1:8–9, las referencias al esparcimiento y las promesas del recogimiento se encuentran en Deuteronomio 28: “Acuérdate ahora de la palabra que diste a Moisés tu siervo, diciendo: Si sois infieles, yo los dispersaré por los pueblos; pero si os volvéis a mí, y guardáis mis mandamientos, y los ponéis por obra, aunque vuestra dispersión llegue hasta el extremo de los cielos, de allí os recogeré, y os traeré al lugar que escogí para hacer habitar allí mi nombre.” Jeremías es el profeta de la proclamación, mientras que Daniel es el primer profeta del recogimiento. Daniel también sirve como un profeta pro clamador en Daniel 9:24–27, donde se expone la profecía del Mesías, como también la del tiempo de gracia de los judíos como pueblo de Dios. Cuatrocientos noventa años se le dan a su pueblo “para concluir el pecado, . . . y unguir al Santo de los santos.” Durante ese tiempo el Mesías vendría y entonces haría “cesar el sacrificio y la ofrenda” mediante su propia muerte en la cruz. En el tiempo exacto Jesús vino para comenzar su ministerio de recoger a su pueblo. En realidad, Juan el Bautista inicia el proceso de recogimiento mediante su mensaje de arrepentimiento y la declaración: “el reino de los cielos se ha acercado.” Mateo 3:1–3.

EN EL TIEMPO EXACTO JESÚS VINO PARA COMENZAR SU MINISTERIO DE RECOGER A SU PUEBLO.

Pero nótese la declaración del Señor en Mateo 23:37: “¡Jerusalén, Jerusalén, que matas a los profetas y apedreas a los que son enviados a ti! ¡Cuántas veces quise juntar [recoger] tus hijos, como la gallina junta sus pollos debajo de sus alas, y no quisiste! Y en Juan 12:32, Jesús dice: “Y yo, si fuere levantado de la tierra, a todos atraeré [recogeré] a mí mismo. Aquí Jesús es el profeta del recogimiento. En 1844 otro período de tiempo tuvo su cumplimiento. Daniel había profetizado este importante período de tiempo de los 2300 días. “Y él me dijo: Hasta dos mil trescientos días de tarde y mañana; y el Santuario será purificado.” Daniel 8:14. El objetivo de esto era el comienzo de un nuevo ministerio de Jesús en el lugar santísimo del santuario celestial—el juicio del pueblo de Dios, un evento muy importante y solemne. Véase Daniel 7:13. En ese tiempo los mensajes de los tres ángeles de Apocalipsis 14 iban a ser proclamados, trayendo un reavivamiento del interés en el Evangelio y la segunda venida de Jesús.

Este reavivamiento de la piedad primitiva se vería en todas partes del mundo. “Los que vivan en la tierra cuando cese la intercesión de Cristo en el santuario celestial deberán estar en pie en la presencia del Dios santo sin mediador. Sus vestiduras deberán estar sin mácula; sus caracteres, purificados de todo pecado por la sangre de la aspersion. Por la gracia de Dios y sus propios y diligentes esfuerzos deberán ser vencedores en la lucha con el mal. Mientras se prosigue el juicio investigador en el cielo, mientras que los pecados de los creyentes arrepentidos son quitados del santuario, debe llevarse a cabo una obra especial de purificación, de liberación del pecado, entre el pueblo de Dios en la tierra. Esta obra está presentada con mayor claridad en los mensajes del capítulo 14 del Apocalipsis. “Cuando esta obra haya quedado consumada, los discípulos de Cristo estarán listos para su venida.” *El Conflicto de los Siglos*, pág. 478.

De acuerdo con su principio de usar un profeta que hiciera la proclamación al comienzo de un período de tiempo, y que éste fuera seguido al final por otro profeta que preparara la cosecha para ser recogida, Dios llamó a Elena de White para que reuniera a su pueblo para esta gran declaración de la verdad antes de la venida de Jesús, de manera que todos los que quisieran pudieran ser salvos. “Porque no hará nada el Señor Jehová, sin que revele su secreto a sus siervos los profetas.” Amós 3:7. Y Satanás busca impedir esta cosecha tratando de eliminar al profeta de la cosecha, porque él sabe que “sin profecía el pueblo será disipado.” Proverbios 29:18. “Precisamente, el último engaño de Satanás se hará para que no tenga efecto el testimonio del Espíritu de Dios. . . . Satanás trabajará hábilmente. . . para perturbar la confianza del pueblo remanente de Dios en el testimonio verdadero. . . . La obra de Satanás será perturbar la fe de las iglesias en ellos.” Mensajes Selectos, tomo 1, págs. 54, 55. “Muchos están yendo en dirección contraria a la luz que Dios ha dado a su pueblo, porque no leen los libros que contienen la luz y el conocimiento a través de las amonestaciones, advertencias y repreensiones.”

Testimonies,

tomo 4, pág. 391. Sin un profeta que dé las instrucciones que son tan necesarias en estos últimos días, el pueblo de Dios tropezará y se desviará en una dirección y luego hacia otra con todos los vientos de doctrina que soplan a nuestro alrededor.

Debemos reconocer al profeta de Dios y prestar atención con diligencia a las amonestaciones que tiene para nosotros. Viene un tiempo cuando “se mostrará la señal del Hijo del Hombre en el cielo; y entonces lamentarán todas las tribus de la tierra, y verán al Hijo del Hombre que vendrá sobre las nubes del cielo, con gran poder y gloria. Y enviará sus ángeles con gran voz de trompeta, y juntarán a sus elegidos de los cuatro vientos, de un cabo del cielo hasta el otro.” Mateo 24:30–31. Que Dios nos ayude a ser reunidos y a vivir de toda palabra de instrucción, amonestación y aliento que él nos ha hablado, para que cuando los ángeles del cielo aparezcan podamos estar entre la multitud de redimidos que ellos juntarán y vivir con Jesús para siempre.

- [1. Tema anterior: Que nos separa de Dios?](#)
- [2. Pagina principal](#)